

Homilía en la Santa Misa Crismal
S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) – 20 de abril de 2011

Muy queridos hermanos todos, en especial -en este día- mis queridos sacerdotes:

El Señor nos ha convocado para celebrar esta Santa Misa Crismal; es decir, la Misa en la que se bendicen los Óleos y se consagra el Santo Crisma que serán utilizados en algunos Sacramentos y en otras acciones litúrgicas.

La celebración de la Misa Crismal, con la participación de todo el presbiterio diocesano presidido por el Obispo, es una de las expresiones más importantes y elocuentes de la comunión de los presbíteros entre sí y con el Obispo en un mismo presbiterio diocesano. Sintamos y vivamos en el corazón y en la vida esta comunión afectiva y efectiva con los demás sacerdotes y con el Obispo, y juntos renovemos nuestra entrega al servicio de la misión recibida del Señor de extender por el mundo entero la Buena Noticia de Jesús.

Además, en esta mañana y en el marco de esta celebración eucarística, los sacerdotes renovaremos nuestras promesas sacerdotales. El hacerlo, un año más, debe servirnos para *soltar lastre*, para limpiar el barro que en el camino de la vida haya ido pegándose a nuestros pies; así saldremos renovados con la fuerza del Señor con una nueva frescura sacerdotal, como quien se estrena en la misión recibida y comienza lleno de ilusión y esperanza para realizarla con toda la fuerza de que es capaz, con la inestimable ayuda divina.

El Señor, mis queridos amigos y hermanos, vuelve a mirarnos con ojos llenos de cariño y vuelve a elegirnos y a enviarnos a cumplir con la misión de extender por el mundo entero su Evangelio para que los hombres se conviertan y se salven. Él ha dejado en nuestras pobres manos su misma misión y nos vuelve a decir: “*Como el Padre me ha enviado así os envío yo*” (Jn 20, 20); “*id por el mundo entero y predicad el Evangelio*” (Mc 16, 15)

Hemos sido elegidos por el Señor para actuar en su nombre. Su elección no ha sido fruto de nuestra gran valía sino puro don y regalo suyo, fruto de su amor y de su predilección por nosotros. Este amor y predilección de Cristo son los que nos hacen creer en la fuerza de nuestro sacerdocio. Cristo, a través del Sacramento del Orden, nos ha regalado el don del sacerdocio ministerial y todo lo que él lleva consigo. Él ha querido servirse de nuestra pobreza para ofrecer a los hombres el gran tesoro de la salvación.

Con su elección, hermanos, hemos sido expropiados de nosotros mismos. Ya nada de nosotros nos pertenece ni puede servir al egoísmo pues todo nuestro ser debe estar al servicio de Dios y de su misión salvadora; por eso, nuestras manos están destinadas a servir al Señor como sus manos en el mundo de hoy; nuestros labios y nuestra palabra, destinadas a ser labios y palabras de Cristo para anunciar la salvación a todos los hombres; nuestros oídos, para escuchar y acoger el clamor de los pobres y necesitados; nuestros pies, para que Él vaya por todo el mundo anunciando su Buena Noticia; nuestro corazón, reflejo del Corazón de Cristo, para anunciar su compasión y su misericordia a los pecadores. Sí, hermanos, todo nuestro ser debe ser para que Él se haga presente en todo momento y a toda persona, cuestionándole su vida desde la llamada a la salvación.

A nosotros el Señor nos pide apertura a su Palabra, disponibilidad para la entrega, ilusión y esperanza para anunciarle a Él y su mensaje como quien anuncia lo mejor para el hombre; como quien sabe que lo que ofrece es el mejor tesoro para la Humanidad.

En unos momentos, además, renovaremos las promesas que un día hicimos ante el Obispo en el momento de la ordenación. Con esta renovación estamos dando al Señor, una vez más y de nuevo para siempre, nuestro “sí” generoso, ilusionado y esperanzado; nos estamos entregando, una vez más, con todo lo que somos y tenemos al Señor que nos llama y nos confía una misión tan importante. Nuestro “sí”, amados hermanos, no es un “sí” confiando en nuestras propias fuerzas, no es un “sí” que tengamos que conseguir con nuestra fuerza... ¡no! nuestro “sí” es un “sí” que se afianza y se llena de fuerza sólo apoyado en la gracia de Dios pues sabemos que el Señor, por la imposición de la manos del Obispo en la ordenación, nos ha situado en el grupo de los predilectos, nos ha escondido en sus manos y en su Corazón, para que seamos sacerdotes según su propio Corazón.

¡Qué sublime misión recibida! ¡Qué afortunados somos! ¡Qué inefable don de Dios! Ante tamaña grandeza, nos sentimos pequeños, sí; y, a la par, se suscitan espontáneamente en nosotros tres actitudes:

La primera, la **acción de gracias** a Dios que por nuestro Señor Jesucristo y con la acción del Espíritu Santo -a semejanza de su “unción” en el Jordán- nos ha ungido, es decir, nos ha marcado, nos ha investido, nos ha capacitado y nos ha constituido sacerdotes del Señor para siempre. Sí, como un gratísimo recuerdo y una gracia especial para nosotros -y por nosotros para la Iglesia y para el mundo- recordamos nuestra ordenación presbiteral. Por la imposición de las manos del Obispo y la unción de nuestras manos con el Santo Crisma fuimos constituidos sacerdotes de Jesucristo para -en su nombre y representando a Cristo, Cabeza de la Iglesia- ejercer el ministerio de la Palabra, del culto y del servicio a la comunidad; para santificar al pueblo de Dios llevándole la Buena Noticia y curándolo de sus dolencias como hizo el Señor, el Cristo, el Ungido.

Una segunda actitud se fundamenta en la **consideración de lo que hacemos**. Al participar en esta celebración de la bendición de los Óleos y de la consagración del Crisma para llevarlos a nuestras parroquias, hemos de considerar lo que significan estos sagrados dones, tanto para nosotros como ministros y potenciales receptores como para los demás a los que se los administramos. Conscientes de lo que los Óleos y el Crisma significan, hemos de dejarnos penetrar de su sentido y ayudar a los destinatarios de los mismos a entender y vivir su profundo significado mediante la adecuada catequesis, que debe siempre preceder a cada Sacramento, y la formación permanente de los mismos, de tal manera que ayudemos a los fieles a familiarizarse con el significado de estos venerables aceites.

Finalmente, como tercera actitud, se suscita en nosotros el deseo y la obligación moral de **vivir lo que celebramos**. Sí, amados hermanos, somos ministros de los Sacramentos, no somos unos simples *mandados o recaderos*, desconocedores de lo que llevamos entre manos ni ajenos a lo que por nuestro medio se realiza y acontece de forma misteriosa pero real.

Al contrario, nuestro trato asiduo con el Óleo de los catecúmenos debe marcarnos con el don de la fortaleza, la resistencia, el vigor del Espíritu que habita en nosotros y se

transluce en nuestra vida. Junto a él, el Óleo de los enfermos debe comprometernos a ser bálsamo en la vida doliente de tantas personas, a ser testigos de la misericordia, defensores de la vida, de la salud física y espiritual de nuestros hermanos, alivio en sus penas y esperanza de vida eterna. Por último, el Santo Crisma con el que hemos sido ungidos y con el que unguimos a los bautizados y confirmados debe actualizar nuestra condición de sacerdotes, de elegidos, de investidos de la potencia divina que mana del Sacramento del Orden y enviados por el Señor, debiendo actualizar también nuestro compromiso de mantener un estilo de vida que trasluzca que vivimos en contacto constante con lo sagrado, con el Ungido de Dios, con Cristo, el Señor. El perfume del Crisma, no lo olvidemos, significa el “buen olor de Cristo” y debe llevarnos a irradiar ese mismo buen olor con nuestra vida y a irradiar la presencia de la acción de Dios en el mundo.

Amigos y hermanos sacerdotes: que el Señor renueve en nosotros nuestra condición de ungidos y nuestros compromisos sacerdotales para que actualizados, una vez más, el amor y la entrega que supuso el “sí” generoso dado el día de nuestra ordenación seamos ese buen olor de Cristo que se hace presente en el mundo a través de nuestras personas y de nuestra vida, vivida ésta desde nuestra especial condición de elegidos y consagrados para hacer presente en el mundo la misma misión del Ungido de Dios. Amén.